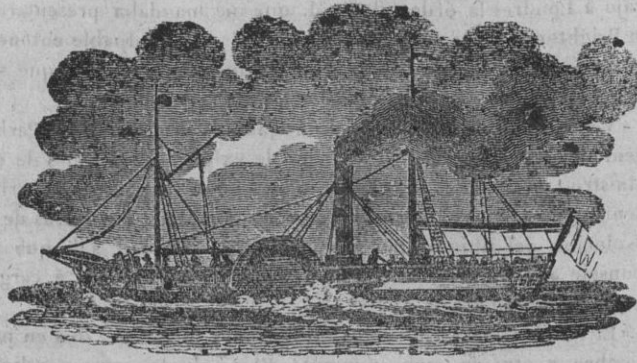


Este periódico sale todos los días. La Redacción se halla establecida en la misma oficina del periódico, á donde deberán dirigirse las cartas, reclamaciones artículos, noticias mercantiles, ejemplares de las obras que se anuncian y demas advertencias que se juzguen oportunas y ventajosas para el interesante objeto que se proponen los Editores: adviértase que no se recibirá ninguna carta ó pliego que no venga franqueado. Se suscribe en Barcelona, en la librería de Bergnes y compañía, calle de Escudellers, núm. 15, á razon de 16 rs. vn. al mes, y en las provincias en los puntos que se indican, á 78 rs. por trimestre, franco de portes. Tanto los señores suscriptores, como las personas que reciben gratis el Vapor, se servirán avisar á la Redacción cualquiera falta ó atraso que notasen en el servicio de los repartidores.



EL VAPOR.

9 Marzo de 1835.

Puntos de suscripcion. Madrid, en la librería de Razola. Alicante, Carratalá. Badajoz, Viuda Carrillo. Bilbao, Garcia. Burgos, Villanueva. Cádiz, Hortal y compañía. Cervera, Casanovas. Córdoba, P. rard. Coruña, Calvete. Gerona, Oliva. Granada, Sanz. Jaen, Zerezedo. Leon, Fernandez. Lérida, Corominas, Buxó. Lugo, Pujol. Málaga, Martínez y Aguilár. Murcia, Benedicto. Oviedo, Longoria. Palma, Guasp. Pamplona, Erasun. Plasencia, Pis. Puerto de Santa Maria, Nuñez. Reus, Angelon. Salamanca, Reyes. Santander, Otero. Santiago, Rey Romero. Sevilla, Caro. Soría, Perez Rioja. Tarragona, Vendaguer. Toledo, Hernandez. Tortosa, Puigrubi. Valencia, Mallen y Berard. Valladolid, Pastor. Zaragoza, Yagüe. En el extranjero: Paris, F. Didot. Burdeos, Gayette. Marsella, Chamoin. Perpiñan, Lasserre.

DIARIO POLITICO, LITERARIO Y MERCANTIL DE CATALUÑA,

Publicado bajo los auspicios de S. E. el Capitan General.

RAPIDA OJEADA SOBRE LOS SISTEMAS GUBERNATIVOS DE EUROPA DESDE LA INVASION DE LOS BARBAROS.

ARTICULO IV.

Mientras mas descollaba el dominio de los grandes, y cuando parecia que su sistema feudal habia de mantenerse largo tiempo sobre las sólidas bases en que se apoyaba, cometieron aquellos yerros ó descuidos que suelen ser achaque comun de los vencedores. Desvaneciéronse con el humo de los incienso, y entregáronse á un orgulloso descanso como inclinando la cerviz al blando peso de los laureles, que el valor y la intrepidez acumulaban en sus sienas. En vez de continuar engruesando la liga feudal, y darla constantemente un carácter de inteligencia y union, que amedrentase á los pueblos y á los reyes, destruyéronla con solo retirarse á gozar en sus castillos los deleites con que les brindaba su omnipotencia señorial. Conocieron los príncipes que era llegada la hora de atraerse el amor de los pueblos amparándoles contra las demasías de los hidalgos, al propio tiempo que se declaraba la iglesia á favor de la humanidad oprimida, dando asilo y seguridad en sus claustros á los que no hubieran podido burlar la soberbia cólera de algun señor de vasallos. Eran no obstante muy escasos semejantes medios para que hiciesen triunfar por sí solos la causa de los oprimidos, pues si prometían alguna tentativa mayor del ilustre celo que los empleaba, recelábase que la inutilizasen la ignorancia universal, la fuerza del partido dominante y el crédito que por su antigüedad y tesoros se adquiriera en todas partes.

El sumo beneficio que en pro de un gobierno mas justo é ilustrado ofrecian las sordas maquinaciones de los reyes, consistía en la certidumbre de que no dejarían de aprovechar la circunstancia mas leve para sus fines con la discrecion sujerida por el temor de no conseguir su intento, no menos que por la esperiencia en el manejo de los intereses de la corona. Verdad es que la situacion política de aquel tenebroso período y el reposo sepulcral de que parecia gozar Europa no daban margen á esperar alguna revolucion que trastornase la prepotencia de los aristócratas; pero tan incomprensibles son los destinos de las naciones, tan limitados los hombres y poco fecundos en sus cálculos, que la regeneracion de la especie humana, la suspirada reconquista de sus prerogativas emanó de un acacamiento el mas humilde y poco ruidoso de sus principios.

Un desconocido ermitaño, un mero particular sin otras armas que una elocuencia mística, sin otro prestigio que el de un venerable aspecto y un hábito religioso, apareció predicando una cruzada para arrebatar á los musulmanes los lugares santos de Palestina. El eco de aquella voz misteriosa comunicó un saludable impulso á los pueblos del cristianismo: entusiasmáronles los ultrages y profanaciones que cometían los infieles, pluguieronles las celestiales recompensas que anunciaba el Altísimo por la boca de su siervo, hubo un grito universal de *á las armas, Dios lo quiere, á las armas*: y puesto que cualquiera movimiento habia de redundar en provecho de la cultura y la emancipacion, ninguno para ello como los preparativos de una empresa agigantada poniendo en comunicacion mútua á todos los estados de Europa y resucitando el comercio de ideas estancado desde tantos siglos. Con el hallazgo de un objeto que inte-

resase al corazon humano, los muelles que mueven y mantienen la armonia social habian de recuperar su elasticidad, y otra vez puestos en carril llamar, reunir y mantener apacible acuerdo entre los elementos de la sociabilidad divididos antes y sin vigor por falta de un eje central que les hiciera recobrar su influjo. Porque es un hecho constante que cuando parecen haber declinado las naciones al extremo de la barbarie, cuando se hallan no menos distantes de una corrupcion pomposa que de una cultura discreta y racional, mas próximas están á sacudir el ocio y á desvanecer las nieblas que ofuscan sus potencias intelectuales.

Toda Europa pues corrió á las armas como impelida de un saludable conjuro. Acalláronse disensiones, olvidáronse resentimientos y volvió la paz al seno de las familias: bastaba una cruz rústicamente dibujada sobre el pecho para enlazar á pueblos rivales y hacerles campear generosos y valientes bajo unas mismas insignias. Los nuevos guerreros de Cristo, empezando á gustar de las dulzuras de una vida independiente y aventurera, hubieron de hacer aun sin pensarlo el cotejo de su estado anterior con el presente y jurar eterna ojeriza á la opresion del feudalismo. Y bien pudiéramos agregar á este primitivo alarde de una independencia justa la consideracion de que una vez deslumbrados con el aparato marcial de las expediciones y atraídos por el cebo del interés y la irresistible inclinacion á las aventuras peregrinas, no se hubieran podido someter al despótico yugo baronial, ni á pasar una vida oscura y sedentaria en el antiguo campo de sus padres.

No entra en nuestro plan el seguir á estos célebres campeones en sus viajes á levante, ni nos permiten los límites de estos artículos el exámen de hasta qué punto hubo de influir la corrupcion oriental en eso de inspirarles cierto deseo de culta emancipacion, pues solo es justo que nos atenamos á la influencia de tan notables sucesos en la sociedad europea, especialmente en la variacion y progresos de sus sistemas gubernativos. El hecho es que las cruzadas distrajerón á la nobleza del objeto que llamara su atencion principal, el oponerse á que reconquistasen los príncipes los derechos que les supiera usurpar. Sedújola el Oriente con su voluptuoso esplendor, halagó su ambicion con la esperanza de las conquistas, estimuló su orgullo marcial con la fama que allí adquirían los paladines, y acabó de trastornar su juicio con el ansia de merecer los aplausos de las damas y las alabanzas de los trovadores. Abandonaron los nobles los almenados castillos, trataron de hacer grandes acopios de gentes y dinero, y dispensaron á los pueblos de sus dominios fueros y prerogativas de suma trascendencia en retribucion de los tesoros necesarios para hacer frente á los gastos de las guerras que iban á emprender á remotísimas regiones. A la sombra de tan faustos auspicios apreciaron ya los pecheros sus libertades municipales y la proteccion de un Gobierno céntrico y bienhechor: las ciudades imperiales de Alemania, los Comunes de Francia y las repúblicas mediterráneas de Italia, sin entrar en la prolija enumeracion de muchos privilegios y establecimientos que prepararon las grandes mudanzas verificadas en lo sucesivo, debieron su origen á aquella época de reorganizacion general, y fueron disminuyendo la prepotencia de los nobles al paso que aumentando el prestigio de los pueblos y la autoridad de los monarcas. Entre tanto los campeones que regresaban de

ultra-mar demostraban en el arreo de sus galas, en la gentileza de sus modales, y en el brio y oportunidad de sus razones el embeleso de unas costumbres mas delicadas y cultas. En términos, que debían hechizar á un auditorio inculto, ponderaban la esplendidez de los griegos, el lujo de las artes orientales, el muelle regalo de los harenes, el afiligranado retoque de los edificios, las ventajas en fin de una suspirada civilizacion. Agregábanse á esto las singulares proezas de los caballeros cristianos, la fama que les valían, la especie de recomendacion que por ellas se grangeaban con los mismos infieles, y los sabrosos é innumerables lanceos de amores, retos, audacias y vaivenes que vinieron á componer el brillante código de la caballería. ¡Cual no habia de ser la impresion de estas descripciones en el ánimo de unos gentes, cuya organizacion fuerte solo necesitaba de ocasion propicia para lanzarse en la arena y sacudir toda coyunda que envileciese su decoro!

Revista de ambos mundos.

INGLATERRA.

Londres 25 de febrero.

CAMARA DE LOS LORES.

Sesion del 24.

A las cinco se sentó el lord Cancellier en el saco de lana y leyó el discurso del Rey. Acto continuo volvió á leerlo el secretario de la mesa.

El conde de Hardwicke se levanta y propone que se den gracias á S. M. por el brillante discurso que pronunció ayer en el Parlamento. En seguida leyó el proyecto de contestacion.

Lord Gage apoya lo espuesto por el lord Preopinante, y dice que solo le queda al reino un medio de librarse del peligro que le amenaza, y es reunirse al rededor del Trono en el cual se sienta el mismo monarca que dió el bill de reforma. Invita á la Cámara á que atienda á las actuales circunstancias, y á la necesidad de combatir á los enemigos del Rey, de la Iglesia y de los próceres. « Bien sé, dijo, que hay muchos que suspiran por una perfeccion ideal, y se complacen en hacer castillos en el aire; pero ¿han examinado bien el estado de la nacion, y los peligros que ocasionarán sus intempestivos ensayos? Pocos de vosotros, Milores, estais preparados para los ridiculos cambios que se proyectan; pocos fuerais tranquilos espectadores de la destruccion de una monarquía que tan heróicos recuerdos envuelve; y pocos quisierais cooperar al trastorno de esta Iglesia formada por eclesiásticos respetables, de quienes casi todos nosotros hemos recibido la primera instruccion, y que la están dando á nuestros hijos. Esa Iglesia además tiene el lauro de haber contrarrestado con su piedad y sabias doctrinas á centenares de inoportunas sectas y fanáticos cismas. Reflexiónese acerca de estos hechos, y dígaseme luego si arrostraremos sin mas ni mas la progresiva ruina, la miseria, los desórdenes y la inestabilidad que consigo traen las nuevas instituciones que se quieren acimatar en una nacion trabajada por encarnizados bandos." Lord Gage terminó su discurso proponiendo á SS. SS. que se diesen por satisfechos con las cuerdas reformas indicadas por S. M., agrupándose en derredor del sόlo para rechazar el ímpetu de los mal aconsejados innovadores.

Empezó la discusion sobre el proyecto de respuesta al discurso de la Corona presentado por lord Hardwicke.

El vizconde Melbourne: « Creia, Milores, que el discurso del Trono hubiera esta vez sido mas esplicito en orden á las miras é intenciones del Gobierno de S. M. Abraza sin duda varios extremos; pero de una manera tan vaga que uno no sabe como enten-

